

## LA ENTIDAD SOCIAL

**Guillermo Brand Deisler**

Ingeniero Civil Industrial – Temuco, Chile

**Resumen.-** Los humanos, máxima expresión evolutiva de la vida, estamos subyugados a una Entidad Social que se gesta de la vida comunitaria, que ha adquirido con la advenimiento de la ciudad, y en particular con el aumento de la productividad que vino ligado junto a la revolución industrial, “patrones de conducta” que a todas luces afectan en extremo a la calidad de vida del individuo.



Cientos de hormigas soldados mueren a diario en un hormiguero, en aras de la supervivencia del hormiguero. En beneficio del “individuo hormiguero”, suerte de amorfa e insustancial criatura, que no dispone de cerebro ni órganos materialmente identificables, ni de sentimientos, los individuos hormigas sacrifican su existencia. El hormiguero pareciera tener voluntad y con ello capacidad de decidir sobre la conducta y por ende el destino de las hormigas, quienes no tienen voz para reclamar ni se esmeran en llevar a cabo acciones que vayan en contra de los intereses del hormiguero. Pero, ¿porqué habrían de reclamar las hormigas soldados que han de morir hoy? ¿se aprecia acaso que la suya es una entrega forzada? En apariencia no lo es. A través del camino evolutivo de la hormiga, la forma en que opera su instinto de supervivencia ha registrando cambios que han conducido a que el mecanismo de valoración de la hormiga coloque por sobre su supervivencia los intereses del hormiguero. Si bien a primera vista nos puede llamar la atención y parecernos contradictorio, e incluso aberrante, que aquel que identificamos como sujeto portador de la vida -la hormiga- renuncie a vivir por defender los intereses del “individuo hormiguero”, cuando observamos este caso considerando los intereses del gen que portan las hormigas, un diáfano, lógico y natural sentido tiene la inmolación de la hormiga soldado. Lo anterior ha sido descrito y explicado por Richard Dawkins en sus libros “El Gen Egoísta” y “The Extended Phenotype”, por lo que no profundizaré sobre el particular.

Si retrocedemos en el tiempo podemos observar que este esquema de supervivencia basado en la agrupación es relativamente nuevo en la historia de la vida. La mayor parte del tiempo en que la vida ha prosperado en el planeta tierra lo ha hecho como organismos unicelulares y mas bien recientemente emergieron los pluricelulares, muchos de ellos particularmente complejos. Con facilidad reconocemos en la agrupación, ya sea de células para formar lo que tradicionalmente llamamos "individuos" o de una agrupación de estos últimos - una comunidad de humanos o un hormiguero- una muy exitosa forma de supervivencia del gen.

Por su parte el individuo perro, gato o humano, no es sino un conjunto de células, convenientemente diferenciadas muchas de ellas, que comparten idéntico gen, y cuyo norte es servir de medio de traslado del gen a través del tiempo, empleando como vehículo ya no a individuos unicelulares sino a este nuevo individuo que ha surgido de la agrupación de células. Sin embargo esto no se detuvo allí. La evolución ha sabido replicar esta exitosa forma de supervivencia y replicación del gen, y hoy encontramos en la agrupación de individuos una eficaz forma de sostener a través del tiempo el legado del gen que caracteriza a la agrupación.

Así como a diario mueren hormigas soldado en un hormiguero, a diario también mueren miles de células de nuestro cuerpo en aras de los intereses del individuo que somos. A su vez, no tenemos noticia de un eventual sufrimiento de estas células, como tampoco nos quita es sueño saber de su malograda existencia. Es, la vida al servicio de la vida.

Se nos dificulta asignarle al hormiguero el carácter de "individuo", quizás por no reconocer en él la existencia de un cerebro como el que sí poseen sus integrantes. Es manifiesto que los humanos hemos sabido otorgarle un superlativo valor al cerebro. Con solo pensar que el hormiguero, una entidad sin cerebro, dispone de la vida de individuos que si lo tienen, nos invade una sensación de incoherencia. Sin embargo, ajenos al filtro de nuestros prejuicios, la evidencia nos obliga a reconocer la subordinación del cerebro a la misión primera del gen: su supervivencia por la vía de la replicación.

No sabemos del sufrimiento de una hormiga soldado cuando es desmembrada y comida por un predador del hormiguero, pero sí es evidente su servilismo, (se sacrifica en aras del grupo) como también nos resulta evidente reconocer que no cuenta con herramientas para valorar el rol que como individuo está jugando.

El ser humano es una agrupación de "individuos" unicelulares que comparten el mismo gen. A su vez, como humanos hemos prosperado y evolucionado en comunidad de individuos, gestándose de ese vivir en comunidad, una nueva criatura, la Entidad Social, que comparte con el hormiguero algunos aspectos esenciales. Así por ejemplo, no surge un cerebro como producto de la agrupación de seres humanos, como tampoco un cuerpo material que sustente a la Entidad Social. Por otra parte, al igual que en el caso de las hormigas, la Entidad Social ejerce sobre el comportamiento del individuo humano un

significativo peso, y así como identificamos en las hormigas soldados serviles instrumentos del hormiguero, encontramos por ejemplo en los héroes de la patria serviles instrumentos de la Entidad Social, cuya inmolación valoramos en un grado tal que le construimos estatuas y les recordamos periódicamente. Visto desde la perspectiva descrita, surgen, con toda razón, una serie de interrogantes, como por ejemplo ¿qué tanta autonomía le resta al individuo humano la Entidad Social?; ¿cómo evoluciona, y ha evolucionado, dicha entidad a través del tiempo?.

Como individuos, las hormigas no tienen forma de alterar su servilismo. Los humanos, al disponer de una herramienta como la Razón, conseguimos por su intermedio acceder a una privilegiada atalaya, desde la cual observamos una inédita dimensión de la Realidad. Desde allí podemos valorar de mejor forma lo que somos e incluso hacia donde, supuestamente, nos dirigimos.

Al revisar la evolución de la vida sobre el planeta nos encontramos con numerosos ejemplos que dejan de manifiesto que no existe una proporcionalidad entre la magnitud de algunos importantes cambios evolutivos que han tenido lugar y el tiempo en que éstos han tardado en producirse. Hago mención a ello pues es necesario tenerlo presente al momento de pretender proyectar la velocidad con que pueden tener lugar, y han tenido lugar, cambios evolutivos de la Entidad Social que emerge de la agrupación de seres humanos.

En lo que compete a los humanos, observamos que hace tan solo unos diez mil años, nada más que un instante en la historia de la vida, se produjo un cambio radical en la forma en que nos agrupamos, emergiendo la ciudad. Hasta entonces, y por algunos millones de años, la vida comunitaria consistía en agrupaciones que en general no sobrepasaban el centenar de individuos.

Entre los variados cambios que la ciudad trajo consigo, destaca uno en particular, el que por si solo justifica -observado desde la perspectiva de los intereses del gen- la proliferación de la vida en ciudad: el aumento de la productividad. En efecto, la alimentación ha constituido el talón de Aquiles de todas las formas de vida desde sus inicios primordiales, por lo que no debe llamar la atención que observado tanto desde la perspectiva del gen como desde la del individuo humano, un esquema de supervivencia que favorezca significativamente el acceso al alimento tenderá a evolucionar en esa exitosa dirección, caracterizada por la productividad.

La Revolución Industrial es la gema que luce el gen que porta la criatura humana. Si hasta antes de la mencionada revolución el esfuerzo de un individuo conseguía proveer de alimentos a otros tres o cuatro, hoy esta cifra ha superado con creces la centena. El gen que portamos los humanos, al igual que cualquier gen, sin disponer de cerebro ni sentimientos, sí cuenta con herramientas para propender a esquemas de supervivencia que le resulten favorables, ya sea conformando una agrupación de unicelulares, como es el caso de los seres humanos, o una agrupación de individuos pluricelulares, como la Entidad Social.

Vimos el caso de las hormigas, que es uno más entre infinidad de ejemplos observables, donde queda de manifiesto que el rol del individuo hormiga está supeditado a los intereses de la entidad que surge de la agrupación, esto es, del hormiguero, tanto así como para inmolarse por la entidad hormiguero.

¿Hasta que punto los humanos estamos, sin saberlo a cabalidad, llevando a cabo un rol similar?.

Si hasta hace un par de siglos pudimos soslayar el peso de la evidencia entonces existente, la que hoy se nos ofrece a la vista no deja lugar a dudas. Y si antaño la velocidad de la evolución fue tal que permitió que el sacrificio del individuo se llevara a cabo con su implícita aprobación (hormigas soldado, héroes patrios, etc.) hoy surgen varias señales que indican que la criatura humana aun no se encuentra adaptada para hacer frente a los sacrificios que le impone el exitoso esquema de supervivencia del gen que la habita y que ha dado lugar a una Entidad Social que ha evolucionado estas últimas décadas de manera descomunal y que gobierna nuestros destinos en un grado que aun no conocemos ni perfilamos.

Una aparentemente contradictoria, y evidentemente desigual lucha está teniendo lugar entre el individuo humano y la Entidad Social. Por una parte, los humanos, como instrumentos del gen, insistimos en fomentar la productividad y por otra comienza a haber señales de rebelión al momento de cancelar la cuenta que debemos pagar por ello.

La ciudad actual trajo consigo la pandemia del estrés crónico, el que a su vez es el causante de la mayor parte de las enfermedades humanas que hoy nos aquejan, según lo prueban múltiples estudios científicos de una data inferior a diez años. Ayer no lo sabíamos, hoy lo sabemos. Como individuos queremos contar con una mejor calidad de vida y en lo que a todas luces resulta ser una aparente paradoja, estamos sacrificando precisamente nuestra calidad de vida por satisfacer las exigencias que nos impone una Entidad Social cuya velocidad de evolución ha adquirido un ritmo vertiginoso. Existen muchos otros ejemplos que dejan de manifiesto los diversos y elevados costos que estamos pagando para acceder a beneficios de dudoso monto, sin embargo he querido mencionar lo del estrés y sus consecuencias por el incuestionable desbalance que arroja la relación costo/beneficio para el individuo humano. Lo cierto es que nada tiene de paradójico lo anterior si lo observamos considerando los intereses del gen, (ejercicio mental que no es del todo fácil realizar pues los humanos nos consideramos la entidad más importante del planeta) lo que nos obliga a reconocer que hemos sido, y estamos siendo, un instrumento del gen.

El asunto es, ahora que lo sabemos, ¿cómo nos enfrentamos a este desafío? ¿seremos capaces de crear un sistema social que logre conjugar los intereses del gen con los del individuo humano?. Y durante el tiempo que tarde su implementación ¿qué tipo de oposición, al ir poniendo a prueba un modelo social distinto al actual, podemos esperar encontrar por parte de la Entidad Social?. En la naturaleza no tienen cabida los insurrectos que contravengan los intereses del hormiguero; ellos son eficientemente silenciados. En tal sentido,

los humanos no somos distintos, y cabe esperar una reacción al cambio por parte de la Entidad Social.

La aparente irracionalidad que queda de manifiesto cuando observamos que no obstante que los avances científicos y tecnológicos de que disponemos podrían permitirnos, como humanidad, una sobrevivencia pacífica y disponer alimentación en abundancia deja de ser tal cuando reconocemos la participación de una Entidad Social, que sin poseer cerebro ni sentimientos, ejerce su peso sobre la sociedad en un grado superlativo.

Si las hormigas no se oponen a su destino, ¿porqué habríamos de hacerlo nosotros, los humanos, en circunstancia de que todo indica que el cerebro, nuestra mejor herramienta, está al servicio del gen?

Razón, lenguaje y conciencia, son una trilogía que, en el crisol en que se funden, dan lugar al principal distinguo humano: el Ser. Por su intermedio se nos permite adquirir experiencia de vida a través del empleo del lenguaje. La experiencia de vida almacenada constituye para todos los seres vivos el referente para otorgarle sentido a la información que instante a instante capturan de su medio relevante, construyendo a partir de ello una utilitaria representación de la Realidad, la que a su vez se incorpora, en el caso de los seres vivos con cerebro, como nueva experiencia de vida.

En los singulares escenarios, mentales en definitiva, que se generan con la acción del lenguaje humano, adquiere experiencia de vida el Ser, escenarios en los cuales suelen tener lugar sucesos ajenos a la materia y el tiempo. Un “qué hiciste ayer” consigue movilizar a un Ser, que literalmente re-vive un ayer, en una suerte de instantáneo viaje hacia el pasado. Ello, a través de inmateriales escenarios, gestándose nueva experiencia de vida. Las formas de vida no humana que disponen de cerebro, para la representación de la Realidad generan un correlato mental de aquello que está sucediendo en el ahora que están viviendo en el mundo material. Para ellos, el mundo de la materia es el único escenario donde tiene cabida su experiencia de vida. Literalmente, están atados al presente.

En los vastos escenarios que nos provee el lenguaje, el actor principal es El Ser, entidad que hubo de surgir a la par de la evolución del lenguaje humano. El Ser es un hijo tan nuestro como de nuestra genética, y como tal, habitan en él los mismos fundamentales condicionamientos que impone la supervivencia del gen y su replicación, a toda forma de vida.

Para la vida, habitar en el presente, esto es, en el “hoy”, es sinónimo de un nunca interrumpido histórico éxito de supervivencia, que se ha venido dando generación tras generación. Un presente que se caracteriza por ser el único “lugar” donde existe la materia y la energía, vitales componentes de la vida, sin embargo, a todas luces el desafío del gen se orienta a contar con vida el instante siguiente, allí donde el futuro se torna Presente. Dicha consigna está impresa en lo más sustancial del gen. Sin embargo, cuando aplicamos este patrón básico al Ser que nos habita, surge un inédito compromiso del Ser con

el tiempo. Ello, como resultado de la particular naturaleza del Ser, que como manifestara anteriormente dispone de escenarios de acción que abarcan no solo el mundo material donde tiene lugar el juego de la vida, en el presente que se está viviendo, sino que es capaz de desplazarse por auténticos mundos atemporales e inmatrimales. Este particular manejo del espacio-tiempo reconfigura en el ser humano el compromiso con el futuro que le impone el gen a todo individuo, expandiendo el "instante siguiente" hasta lo eterno. De allí que la supervivencia, primordial requerimiento que impone el gen a toda criatura que lleva su impronta, en el caso del Ser, solo encuentra en lo eterno la satisfacción de dicho compromiso de vida. No es casualidad que los más diversos tipos de culturas y civilizaciones, haciendo un conveniente uso de la razón han construido al amparo de cuestionables postulados un espacio en lo eterno, que decimos nos pertenece.

El Ser es un comensal que no fue invitado por el gen. Es la Razón, por su utilidad y potencia la que fue invitada a participar en el juego de la vida; solo que, Razón, Ser y Conciencia conforman una trilogía inseparable. El gen no sabe, en los términos como nosotros entendemos el saber, pues no tiene cerebro. No piensa, y no necesita hacerlo, pues para ello cuenta con nosotros, utilitarios vehículos evolutivos.

Al situarnos un poco más cerca de una mas extensa Realidad y conseguir distinguir entre la bruma a esa difusa criatura que definiera como la Entidad Social, podremos acceder, auxiliados por la Razón, a postular alguna alternativa de acción que impida, o al menos disminuya el oneroso servilismo que está acarreado para el ser humano la vertiginosa evolución que la Entidad Social está teniendo estas últimas décadas y de esta forma tal vez podamos evitar las consecuencias que ésta trae, -y traerá si no le ponemos atajo- para el individuo humano, esa criatura que somos, y que porta en su interior al más cercano hijo de Dios, el Ser, cuya naturaleza le impone no saber morir.